

La intervención social y los procesos de gestión

1

Adiela Ruiz-Cabezas

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Laura María Guerrero Puerta

Universidad de Málaga

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

MAPA CONCEPTUAL

OBJETIVOS

1. CONCEPTUALIZACIÓN DE LA INTERVENCIÓN EN EDUCACIÓN SOCIAL

- 1.1. Definición y alcance
- 1.2. Dimensiones de la intervención socioeducativa
- 1.3. Ámbitos de intervención socioeducativa
- 1.4. Enfoques y modelos de intervención socioeducativa

2. LAS ORGANIZACIONES DEL ÁMBITO DE LA EDUCACIÓN SOCIAL

- 2.1. La diversidad de organizaciones del ámbito socioeducativo
 - 2.1.1. Entidades públicas
 - 2.1.2. Entidades de iniciativa social y Tercer Sector de Acción Social
 - 2.1.3. Entidades privadas mercantiles
 - 2.1.4. Entidades de economía social
- 2.2. El Tercer Sector de Acción Social como espacio de intervención socioeducativa
 - 2.2.1. Concepto y rasgos principales
 - 2.2.2. Funciones del Tercer Sector de Acción Social
 - 2.2.3. Principales formas organizativas
 - 2.2.4. Gobernanza, participación y profesionalización
 - 2.2.5. Profesionales y voluntariado

3. EL PAPEL DEL EDUCADOR Y LA EDUCADORA SOCIAL EN LA INTERVENCIÓN SOCIOEDUCATIVA. FUNCIONES Y COMPETENCIAS PARA LA INTERVENCIÓN ÉTICA

- 3.1. Funciones profesionales del educador y la educadora social
 - 3.1.1. Las funciones del educador social según ASEDES y CGCEES (2007)
- 3.2. Competencias profesionales en Educación Social
- 3.3. El marco ético y deontológico de la intervención socioeducativa

4. FUNDAMENTOS DE LA GESTIÓN EN INTERVENCIÓN SOCIAL

- 4.1. El modelo de gestión de Fernando Fantova
 - 4.1.1. Estructura del modelo de gestión: una “caja de herramientas”

SÍNTESIS

ENLACES DE INTERÉS

LECTURAS RECOMENDADAS Y BUENAS PRÁCTICAS

PREGUNTAS DE AUTOEVALUACIÓN

Soluciones a las preguntas de autoevaluación

ACTIVIDADES RECOMENDADAS

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

GLOSARIO

INTRODUCCIÓN

La intervención socioeducativa constituye el núcleo de la práctica profesional del educador y la educadora social. Sin embargo, esta intervención no se desarrolla de manera aislada ni puede comprenderse únicamente a partir de la relación directa que el profesional establece con las personas, los grupos o las comunidades. Toda actuación se inscribe en contextos sociales concretos y se desarrolla desde organizaciones, servicios y programas que condicionan sus posibilidades reales de planificación, coordinación y evaluación.

Por ello, antes de abordar los procesos específicos de gestión, resulta necesario detenerse en algunos conceptos fundamentales. En primer lugar, conviene clarificar qué entendemos por intervención socioeducativa, cuáles son sus principales características y sobre qué niveles de la realidad social puede actuar. Esta aproximación permite comprender que la Educación Social no se limita a responder de forma puntual a determinadas necesidades, sino que se configura como una práctica pedagógica intencional, reflexiva y contextualizada, orientada a favorecer procesos de autonomía, participación e inclusión social.

A partir de esta base, el capítulo dirige la atención hacia las organizaciones desde las que se desarrolla la intervención. La Educación Social se despliega en espacios muy diversos: entidades públicas, organizaciones de iniciativa social, empresas mercantiles, organizaciones de economía social, asociaciones, fundaciones o redes comunitarias. Entre ellas, el Tercer Sector de Acción Social ocupa un lugar especialmente relevante, no solo por su participación en la prestación de servicios, sino también por su capacidad para promover derechos, articular redes, impulsar procesos comunitarios y responder de manera flexible a necesidades sociales emergentes.

El funcionamiento de estas organizaciones exige, a su vez, profesionales capaces de combinar la intervención directa con tareas de análisis, planificación, coordinación y gestión. El educador o educadora social no puede entenderse como un mero ejecutor de programas previamente diseñados. Su práctica requiere competencias específicas, capacidad de adaptación y un marco ético y deontológico que permita tomar decisiones fundamentadas en contextos frecuentemente complejos. La calidad de la intervención depende, por tanto, tanto de los conocimientos y habilidades profesionales como de los principios que orientan la relación educativa y el funcionamiento de las propias organizaciones.

Desde esta perspectiva, la gestión no constituye una dimensión secundaria ni exclusivamente administrativa. Gestionar implica crear las condiciones necesarias para que la intervención socioeducativa pueda desarrollarse de forma coherente con sus finalidades. Supone planificar actuaciones, organizar recursos, coordinar equipos, establecer relaciones con otros agentes y evaluar los resultados alcanzados. El capítulo introduce estos procesos a partir del modelo propuesto por Fernando Fantova, que per-

mite comprender la gestión como un conjunto articulado de herramientas al servicio de la intervención social.

De esta forma, este capítulo ofrece un marco general para comprender la relación entre intervención socioeducativa, organizaciones, ejercicio profesional y gestión. Su propósito no es agotar cada uno de estos conceptos, sino proporcionar una base común que permita situar los procesos específicos que se desarrollarán en los capítulos posteriores del manual.

OBJETIVOS

Los objetivos del capítulo se concretan en:

Objetivos Conceptuales (Saber)

- Identificar las principales dimensiones, ámbitos y enfoques de la intervención socioeducativa, reconociendo la relación existente entre las trayectorias personales, las redes comunitarias y las estructuras sociales.
- Comprender la gestión como una dimensión necesaria de la intervención social, vinculada con la planificación, la organización de recursos, la coordinación de equipos y la evaluación de las actuaciones.

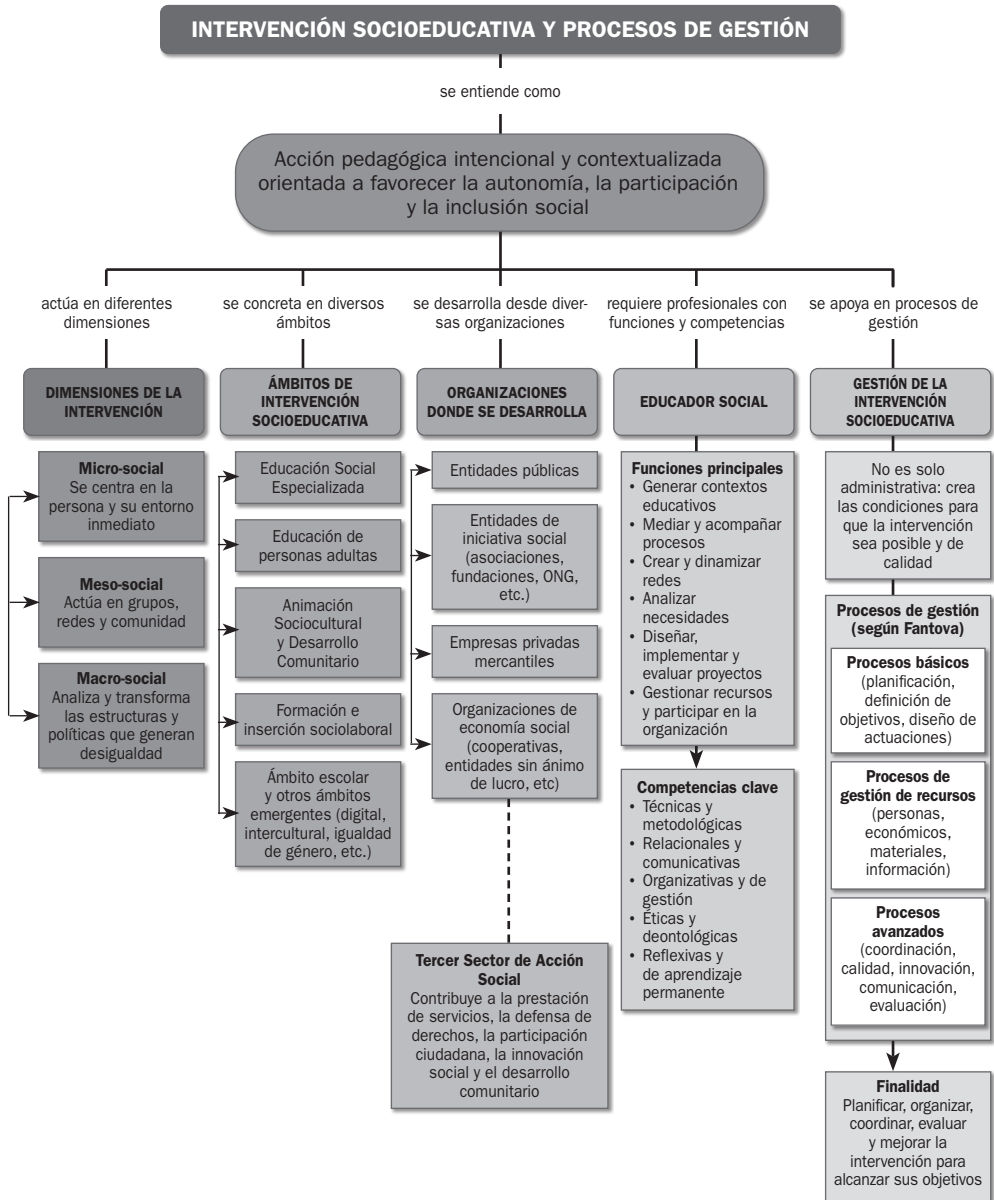
Objetivos Procedimentales (Saber Hacer)

- Analizar la diversidad de organizaciones desde las que se desarrolla la Educación Social, prestando especial atención al papel del Tercer Sector de Acción Social como espacio de participación, defensa de derechos e intervención comunitaria.
- Delimitar las principales funciones y competencias del educador o educadora social, valorando la dimensión ética y deontológica que debe orientar su práctica profesional.

Objetivos Actitudinales (Saber Ser y Estar)

- Comprender la gestión como una dimensión necesaria de la intervención social, vinculada con la planificación, la organización de recursos, la coordinación de equipos y la evaluación de las actuaciones.
- Valorar la gestión como un componente ético y de calidad en la intervención social, mostrando una disposición favorable hacia la asignación eficiente de medios, la articulación de equipos interdisciplinarios y la evaluación procesual de las actuaciones.

MAPA CONCEPTUAL



1. CONCEPTUALIZACIÓN DE LA INTERVENCIÓN EN EDUCACIÓN SOCIAL

El primer paso para abordar el estudio de las instituciones y organizaciones socioeducativas consiste en comprender cuál es la acción principal que se desarrolla desde ellas: la intervención socioeducativa. Las entidades, servicios y programas no constituyen únicamente estructuras organizativas o administrativas, sino espacios desde los que se diseñan, coordinan y desarrollan actuaciones dirigidas a responder a necesidades sociales y educativas concretas.

Analizar estas instituciones exige, por tanto, detenerse previamente en el significado de la propia intervención. Comprender qué se entiende por intervención socioeducativa permite identificar mejor la finalidad de las actuaciones, el papel que desempeñan los profesionales, los contextos en los que se actúa y los procesos de planificación, coordinación y evaluación que hacen posible el desarrollo de la acción educativa.

Para definir este término con mayor precisión, conviene plantearse una serie de cuestiones básicas, recogidas en la Tabla 1. Estas preguntas permiten ordenar progresivamente el análisis y diferenciar aspectos que se encuentran estrechamente relacionados: qué entendemos por intervención socioeducativa, sobre qué niveles de la realidad social se actúa, en qué ámbitos profesionales se concreta la intervención y desde qué enfoques se interpretan las necesidades y se orientan las decisiones profesionales.

Tabla 1.

Estructura conceptual del análisis de la intervención socioeducativa

Pregunta de partida	Apartado que responde
¿Qué entendemos por intervención socioeducativa?	Definición y alcance
¿En qué niveles de la realidad social se actúa?	Dimensiones micro-social, meso-social y macro-social
¿En qué espacios profesionales se concreta la actuación?	Ámbitos de intervención socioeducativa
¿Desde qué marcos se interpreta la realidad y se decide cómo actuar?	Enfoques y modelos de intervención socioeducativa

Nota. Elaboración propia.

Los siguientes apartados abordan cada una de estas cuestiones de forma progresiva, con el fin de ofrecer una visión ordenada y comprensiva de la intervención socioeducativa y de su relación con el funcionamiento de las instituciones, servicios y programas desde los que se desarrolla.

1.1. Definición y alcance

Definir qué se entiende hoy por intervención en Educación Social implica partir de un concepto amplio, complejo y en constante evolución, vinculado a la diversidad de necesidades, problemáticas y demandas que emergen en una realidad social cambiante (Ruiz-Corbella et al., 2015). En términos generales, la intervención social se refiere al conjunto de acciones organizadas orientadas a mejorar las condiciones de vida de personas y colectivos en situación de vulnerabilidad, desventaja o exclusión social. Zamanillo (2012) señala que el término ha adquirido un carácter cada vez más genérico, al emplearse para describir actuaciones desarrolladas por profesionales, instituciones públicas, asociaciones, fundaciones o entidades del tercer sector en ámbitos diversos, como el social, educativo, comunitario o jurídico. Desde esta perspectiva, la intervención social remite a prácticas dirigidas a promover procesos de inclusión, apoyo, participación y mejora social.

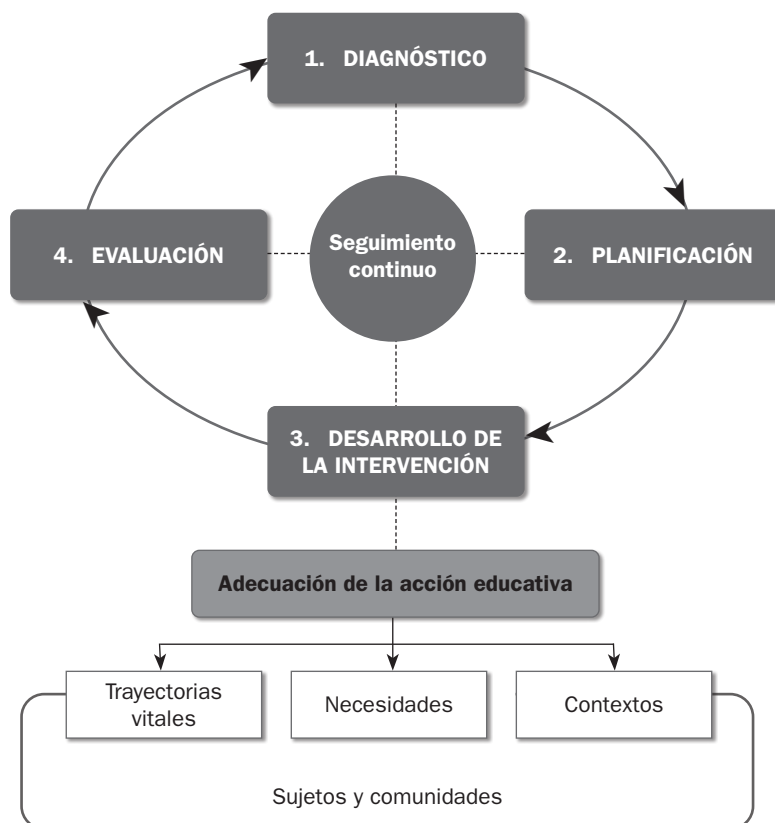
Ahora bien, en el campo específico de la Educación Social, esta intervención adquiere un sentido propiamente socioeducativo. No se limita a atender necesidades o gestionar recursos, sino que se concreta en una acción de carácter pedagógico, intencional y reflexivo, orientada a generar procesos de cambio en las personas y en los contextos en los que desarrollan su vida (ASEDES y CGCEES, 2007; Ávila et al., 2017; Gómez Gómez y Alatorre Rodríguez, 2014). Desde esta perspectiva, la intervención socioeducativa trasciende una respuesta asistencial o puntual: implica acompañar procesos vitales, construir relaciones de apoyo y ampliar las oportunidades de participación y autonomía de las personas y comunidades (Alonso Sáez y Funes Artiaga, 2009; Ávila et al., 2017).

En esta línea, Fantova (2005) plantea que la intervención social constituye una actividad técnica, ética y política que, aunque se desarrolla de manera formal y organizada, mantiene una estrecha relación con las redes de apoyo informal, como la familia, la comunidad o las relaciones cotidianas. Su finalidad no es sustituir estos apoyos, sino fortalecerlos y complementarlos. Asimismo, el autor subraya que la intervención no puede limitarse a ofrecer respuestas estandarizadas, sino que debe construirse en diálogo con las necesidades, experiencias y demandas de las personas. Desde esta lógica adquieren especial relevancia los bienes relacionales, entendidos como aquellos vínculos y experiencias compartidas –el cuidado, la confianza, el reconocimiento o el sentimiento de pertenencia– que favorecen la inclusión y la participación social.

Desde la Educación Social, por tanto, la intervención socioeducativa se comprende como una práctica pedagógica situada, procesual y sujeta a una revisión permanente. Su duración y características deben ajustarse a cada situación y construirse a partir de un proceso continuado de acompañamiento. En él se articulan de manera interrelacionada el diagnóstico, la planificación, el desarrollo de la intervención y la evaluación (véase Figura 1), mediante un seguimiento continuo que permite adecuar la acción educativa a las trayectorias vitales, necesidades y contextos de los sujetos y las comunidades (Giné Freixes y Parcerisa-Aran, 2014; Úcar, 2018, 2022).

Figura 1

La intervención socioeducativa como proceso continuado.



Nota. Elaboración propia.

Esta comprensión procesual exige una mirada contextualizada. Las situaciones de vulnerabilidad no pueden analizarse de forma aislada, sino en relación con el entorno social, económico, político y cultural en el que se producen. Pérez Serrano (2016) recuerda que toda intervención requiere un análisis riguroso del contexto, ya que este condiciona tanto las dificultades como las oportunidades reales de desarrollo. En una línea cercana, Freire (1970/2005) defendía que la educación solo puede ser transformadora cuando parte de la realidad concreta de las personas y se construye desde ella. Por ello, la intervención socioeducativa requiere estrategias flexibles y adaptadas a la diversidad de cada territorio y situación (Jiménez-Jiménez et al., 2025).

Esta perspectiva permite comprender la acción socioeducativa no solo desde el individuo, sino también desde las relaciones que establece con sus entornos familiar, comunitario y social. Úcar (2022) propone, en este sentido, una lectura «glocal» de la intervención: el educador o educadora social actúa en contextos cercanos y cotidianos,

pero debe comprender que muchas problemáticas locales se encuentran vinculadas a procesos globales más amplios, como las migraciones, las desigualdades sociales, las crisis económicas o la digitalización de la vida cotidiana. Intervenir implica, por tanto, acompañar a las personas, fortalecer redes, activar recursos comunitarios y generar condiciones que favorezcan la participación social.

Todo ello redefine el papel del educador o educadora social. Este profesional no puede entenderse como un mero ejecutor de programas o recursos previamente diseñados, sino como un mediador crítico y reflexivo que construye la acción educativa junto a las personas y comunidades con las que interviene (Caride et al., 2015). Su función implica acompañar procesos, crear contextos educativos, facilitar la participación y promover oportunidades de transformación individual y colectiva.

Esta concepción resulta especialmente relevante para el estudio de las instituciones y organizaciones socioeducativas, ya que toda intervención se desarrolla en el marco de estructuras concretas que condicionan su diseño, implementación y evaluación. La Educación Social comprende también funciones relacionadas con la planificación de programas, la coordinación profesional, la gestión de recursos, la organización de entidades y la supervisión de los servicios prestados (ASEDES y CGCEES, 2007). Por ello, comprender la intervención socioeducativa exige analizar no solo las necesidades de las personas, sino también el funcionamiento de las entidades, servicios y programas desde los que se actúa.

1.2. Dimensiones de la intervención socioeducativa

Como se desprende de lo expuesto, la intervención socioeducativa adopta un enfoque multidimensional. Las situaciones sobre las que actúa no pueden comprenderse únicamente desde una perspectiva individual, ya que se encuentran condicionadas por las relaciones sociales, los contextos comunitarios y las estructuras económicas, políticas e institucionales en las que se desarrollan. Esta mirada amplia resulta coherente con una concepción de la Educación Social orientada tanto al acompañamiento de las personas como a la defensa de los derechos sociales y la transformación de las condiciones que generan desigualdad.

Para comprender esta complejidad resulta útil recurrir a una perspectiva ecosistémica. La teoría ecológica del desarrollo humano de Bronfenbrenner (1987) puso de relieve que las trayectorias personales no pueden explicarse de forma aislada, ya que se configuran mediante la interacción entre distintos sistemas y contextos sociales. La familia, el grupo de iguales, las instituciones, la comunidad y el entorno sociocultural influyen de manera interrelacionada en el desarrollo de las personas y en sus posibilidades de participación social.

Este planteamiento resulta especialmente relevante para la Educación Social. Las situaciones de vulnerabilidad, exclusión o desigualdad no dependen únicamente de

las características individuales, sino también de factores relacionales, comunitarios, culturales, económicos e institucionales. Por ello, intervenir implica acompañar a las personas, fortalecer sus redes de apoyo, activar recursos comunitarios y contribuir a transformar aquellas dinámicas sociales que limitan sus oportunidades.

Desde una lectura ecosistémica y multinivel, el alcance de la intervención socioeducativa puede sintetizarse en tres dimensiones complementarias: micro-social, meso-social y macro-social. Esta clasificación no debe entenderse como una separación rígida, ya que los tres niveles se encuentran estrechamente interrelacionados.

1.2.1. Dimensión micro-social

La dimensión micro-social corresponde al nivel más cercano e inmediato de la intervención: el trabajo directo con las personas en sus contextos cotidianos de vida. Se centra en sus experiencias, necesidades, relaciones próximas y trayectorias vitales. Desde esta perspectiva, la intervención socioeducativa se fundamenta en una pedagogía del acompañamiento basada en la cercanía, la escucha, el vínculo y la presencia educativa continuada (Planella, 2008).

El educador o educadora social no actúa únicamente como transmisor de conocimientos o gestor de recursos, sino como un profesional que acompaña procesos personales de cambio y favorece el desarrollo de capacidades para desenvolverse de forma autónoma en la vida social. En determinados contextos de especial vulnerabilidad, puede desempeñar también una función relevante como tutor o tutora de resiliencia, generando relaciones de apoyo y seguridad que contribuyan al fortalecimiento personal (Martín de Castro et al., 2016).

Las actuaciones desarrolladas en este nivel pueden incluir el acompañamiento educativo, la creación de rutinas, el apoyo relacional, la mediación cotidiana o el fortalecimiento de habilidades sociales y personales. Su finalidad no es generar dependencia hacia el profesional, sino favorecer progresivamente la autonomía y la capacidad de las personas para tomar decisiones sobre su propia vida.

1.2.2. Dimensión meso-social

La dimensión meso-social remite a los grupos, las comunidades y las redes de relaciones próximas. Desplaza el foco desde el individuo hacia los espacios colectivos en los que se construyen vínculos, apoyos y formas de participación. Parte de la premisa de que muchas problemáticas sociales no pueden abordarse únicamente mediante el acompañamiento individual.